



EL VIAJE DEL PRESIDENTE LANUSSE A ESPAÑA

**¿HACIA UNA NACION DE 300 MILLONES DE HABITANTES?**





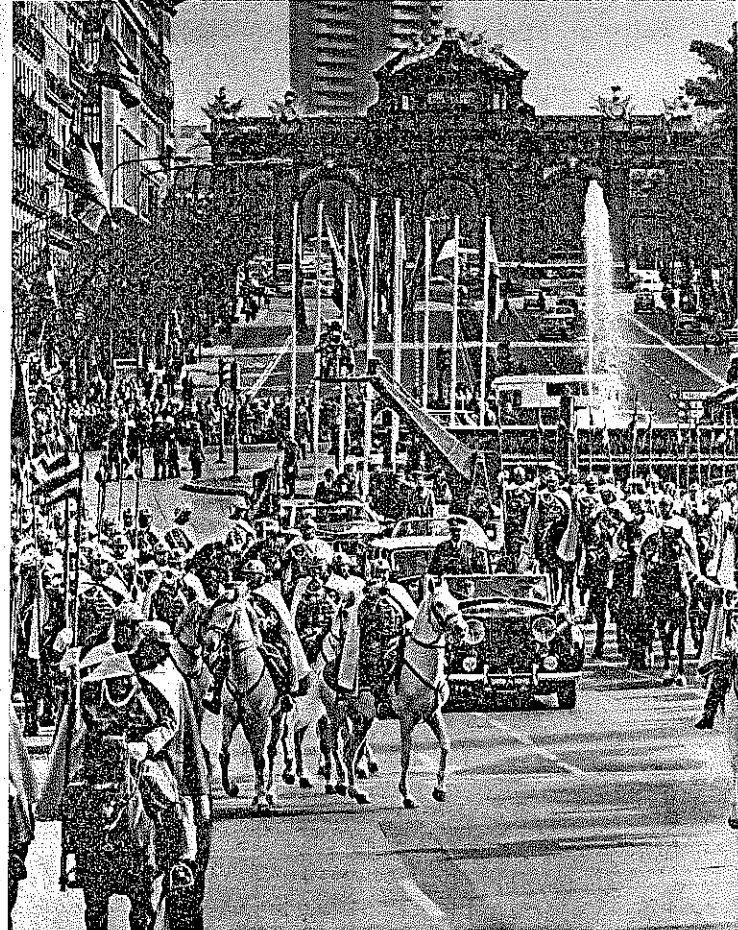
La visita del jefe del Estado argentino, más allá de su significado protocolar y amistoso, cobra un particular sentido a la luz de la estrategia española de largo plazo, que parece apuntar a una ambiciosa integración económica y política con los países americanos de habla castellana, un proyecto que tendría a la Argentina como eje inevitable y deseado. El corresponsal de Siete Días en Madrid, Armando Punte, telexeó el informe que se despliega a partir de la página siguiente.

El protocolo más solemne, tradicional y barroco de la vieja Europa recibió al presidente Alejandro Agustín Lanusse en su primer —y último— viaje oficial fuera del continente americano. España rindió en su persona un homenaje a la Argentina, tributándole un recibimiento sólo comparable al que, hace dos años, le diera a Nixon. Pero la lengua, la sangre y la historia comunes rompieron pronto el encorseado ceremonial y dieron a la visita un calor y una intimidad familiares que nunca pudo conseguir acá el presidente norteamericano. En 78 horas de estancia en España, en el más vertiginoso, denso y cronometrado programa que pueda soñarse, Lanusse consiguió *vender* una imagen dinámica de la Argentina. Durante seis días, desde el pasado viernes 23 hasta el miércoles 28, los españoles despertaron, desayunaron, almorzaron, comieron y se acostaron oyendo hablar de la República Argentina y de las incansables visitas, entrevistas y recepciones del presidente. Afirmar que eso ha significado desplazar o sustituir el clímax de Perón por el de Lanusse en la óptica española sería, sin embar-

gio de político intelectual, en su etapa hispana dentro de la gira europea. En cualquiera de las tres visitas, los españoles no han visto sino a representantes de una gran nación, predilecta y admirada entre todas las de América latina, han reavivado esos afectos y ratificado su confianza en el futuro. Es desde esa perspectiva de donde debe juzgarse la importancia y los frutos del viaje.

Pero en el caso concreto del general Lanusse, la visita ha tenido unos perfiles propios. Fue en la jornada del domingo 25, en Toledo, donde comenzó a develarse la singularidad de los objetivos que perseguía. En el gran patio de armas de la nueva Academia de Infantería —un sobrio edificio de granito, a orillas del Tajo y frente a las ruinas del histórico Alcázar— Lanusse habló como un soldado ante sus camaradas, en un lenguaje castrense seco, con el que se estableció inmediatamente una secreta corriente de simpatía entre él y los oficiales y cadetes españoles. En un discurso "casi de despedida" evocó su visita a Toledo poco después de la revolución del 55, hace diecisiete años, y anunció su propósito de poner fin a su carrera militar dentro de 90 días escasos, cuando entregue la presidencia al elegido por las urnas. "Esta visita —dijo— es como el regreso a las fuentes para volver a vivificar mi espíritu y renovar, invocando ante el altar de Dios su protección, el compromiso que hice hace 40 años, cuando vestí el uniforme de cadete". El coronel Marcelo Aramendi, director de la Academia, aludió con lenguaje espartano a Francisco Franco ("caballero laureado, dos medallas militares individuales y seis ascensos por méritos de guerra") y elogió al huésped: "Entre las virtudes que os acompañan, admiramos vuestra imperturbable serenidad".

Los ritos de una severa liturgia militar, oficiados en la soleada jornada dominical por el general Lanusse y el príncipe Juan Carlos de Borbón, sucesor de Franco, habían comenzado dos horas antes, con una peregrinación al Alcázar y una visita a la sala de mando, desde donde el coronel Moscardó resistió el sitio de las milicias republicanas durante dos meses y se negó a rendirse. La



Un colorido despliegue ceremonial rodeó la visita en Madrid.

señora Ileana María Bell de Lanusse sollozó al escuchar el episodio más famoso de la guerra civil: el diálogo telefónico entre Cándido Cabello, uno de los jefes de las milicias republicanas, y el coronel nacionalista:

—Tiene usted diez minutos para rendirse. Si no lo hace fusilaremos a su hijo Luis, que hemos hecho prisionero esta mañana. Para que vea que es verdad le va a hablar.

—Papá...

—¿Qué ocurre, hijo mío?

—Nada, que dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde.

—Si fuera cierto, encomienda tu alma a Dios, grita Viva España y muere como un héroe. Adiós, hijo



Lanusse y el príncipe Juan Carlos

mío. Un último beso.

—Adiós padre. Un beso muy grande.

—Comisario, el plazo de diez minutos no es necesario. El Alcázar no se rendirá jamás.

Lanusse depositó una corona de flores en la cripta donde están enterrados un centenar de muertos en el asedio de las "hordas marxistas" y autobiografió su "emoción y devoción de soldado y de padre", reafirmando su propósito de "dar todo por el bien de la Patria y mayor gloria de Dios". Luego, en el patio de la Academia de Infantería, condecoró la bandera española con la Gran Cruz de la Orden de Mayo, comulgó junto al príncipe en la misa de campaña y depositó una corona de laurel en el monolito que recuerda a

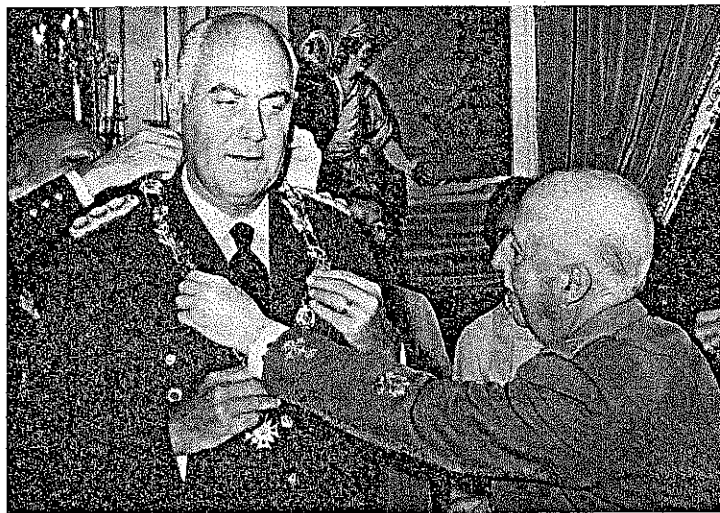


A. Lanusse frente a la tumba de José Ignacio Primo de Rivera.

go, un error, si no un intencionado propósito de deformar los hechos. Porque la visita de Lanusse ha tenido ya, y va a tener en el futuro, unos resultados mucho más profundos y permanentes que los de la circunstancial coyuntura política en vísperas de elecciones.

Para los españoles, la Argentina es mucho más que Lanusse o Perón y por eso en momento alguno han emitido juicios partidistas o establecido comparaciones entre esta visita y otras anteriores: la de María Eva Duarte, recibida con alegría por un pueblo que acababa de salir de la tragedia de la guerra civil y agradecía el gesto fraterno al país que le había enviado trigo para saciar su hambre, o la del doctor Arturo Frondizi, precedido del presti-

En EL Pardo, al recibir la Gran Cruz de Isabel la Católica.

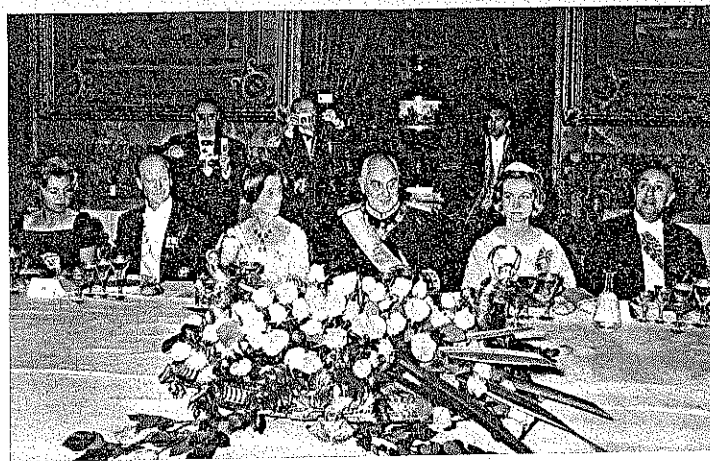




los oficiales muertos en la "cruza de liberación". Los vibrantes cornetes de órdenes, las marchas e himnos militares, el redoble de los tambores, los homenajes a la bandera y el paso acompasado de las cadetes españoles y granaderos argentinos, desfilando ante el príncipe y el presidente, fueron una liturgia esotérica para los periodistas que allí se encontraban y consagraron una invisible alianza entre las Fuerzas Armadas de los dos países.

El almuerzo que siguió después constituyó un acto de camaradería al que no fueron invitados los civiles, pero en cambio concurren el general Díez Alegría, considerado como el líder del ala liberal del Ejército español, y los generales Iniesta y García Rebrill, representantes de la línea dura. Es que por encima de las tendencias y las personas, se quiso subrayar la constante del poder militar, que —desde orillas del Tajo— se cree que seguirá teniendo una influencia decisiva en este último cuarto del siglo en el proceso histórico de la América latina y de España. Lanusse, al final de su carrera militar, es un episodio. Los hombres pasan, pero queda un espíritu y un modo de entender la vida de los pueblos por aquellos que visten el uniforme y que rinden hoy culto común a Bailén, Maipú y Ayacucho.

Si Lanusse se presentó ante los españoles como soldado, lo hizo también como hombre de gobierno



Comida de gala, con la esposa de Franco y la princesa Sofía.

Franco, con voz vacilante pero claridad de ideas, recordó la visita de Frondizi y elogió a San Martín e Yrigoyen, poniendo así las relaciones hispano-argentinas por encima de las contingencias políticas y dijo que "una España renovada trata de cooperar con los países iberoamericanos que luchan por elevarse social y políticamente". La hispanidad, un término ideológico acuñado en la primera etapa de su largo régimen, ha cambiado ahora de significado: "Tiene que ser algo sólido y concreto, unas realidades económicas comunes y una presencia política común en el mundo".

Dos días después, en la visita al monasterio del Escorial y al Valle de los Caídos, máximos símbolos del pasado y presente españoles, el almirante Luis Carredo Blanco, hombre fuerte del gobierno, reiteró la idea de "formar un bloque iberoamericano homogéneo y sólido que nos permita ocupar con dignidad y altura el puesto que nos corresponde en el mundo que se perfila para el año 2000".

Como no puede sospecharse que Franco y su fiel colaborador Carredo Blanco tengan poco realismo político, ya que otra cosa demuestran sus años de poder, es evidente que al hablar de objetivos a alcanzar para el año 2000 no se dirigen a un hombre que cesará el cargo de presidente de la República dentro de 90 días, sino que tenían otros interlocutores. En primer lugar, las Fuerzas Armadas argentinas, pero también los otros gobiernos, civiles o militares, progresistas o conserva-

dores de la América latina. España está decidida a impulsar unas más estrechas relaciones con América latina por las vías "concretas y sólidas" del comercio, la técnica y los bloques económicos. Es ahora cuando empieza a definirse la política exterior del canciller Gregorio López Bravo, en la que Latinoamérica es una de las piezas maestras.

Los tres viajes realizados en 1971, durante los cuales visitó todos los países del continente, comienzan a dar sus frutos: España acaba de montar una fábrica de camiones Pegaso en Chile, a cuyo gobierno se dispone otorgar millonarios créditos en dólares. Un nuevo y mucho más amplio acuerdo comercial con Cuba entró en vigor durante los días de la visita de Lanusse. En el consejo de ministros celebrado en el Palacio del Pardo, horas antes de que el presidente argentino llegara a Madrid, se aprobó un decreto en materia de inversiones de capital español en el extranjero. Es que España, pletórica de reservas —cerca de 5.100 millones de dólares—, se dispone a utilizar esa palanca como instrumento en su política exterior. El control de media docena de bancos privados en Argentina y de compañías aéreas, cadenas de televisión, industrias y hoteles en otros países latinoamericanos, han sido hasta ahora pasos tímidos, realizados con un aparato legal que frenaba, cuando no impedía, la creación de empresas multinacionales. Es ahora cuando se inicia la ofensiva que tendrá a América latina en primer lugar —y a algunos países árabes— como campo de operaciones.

Es dentro de este marco como hay que ver y juzgar el acuerdo naviero con la Argentina y el crédito por valor de 140 millones de dólares para construir 27 barcos en astilleros de uno y otro país, las conversaciones mantenidas en los últimos días por los empresarios argentinos con el ministro español de Comercio y otros funcionarios del gobierno, la creación de una sucursal del Banco de la Nación en Madrid y los acuerdos en materia pesquera, editorial, turística y financiera.

Pero es que hay más. Y mucho más ambicioso. Los dos principales expertos en asuntos latinoamericanos de la Cancillería española —el subsecretario Gabriel Fernández de Valderrama y el director general pa-



La primera dama argentina con el anciano caudillo español.

ra Iberoamérica, Carlos Robles Piquer—, regresaron de Caracas tres días antes de la llegada de Lanusse para incorporarse al equipo hispano-argentino de diplomáticos y técnicos que han trabajado anónimamente pero sin descanso durante las 78 horas que duró la visita oficial del presidente de la República. En Caracas los expertos españoles acababan de mantener "un diálogo práctico" con sus colegas venezolanos, en momentos en que el gobierno de Rafael Caldera ingresaba en el Grupo Andino. "La decisión más importante adoptada por el país desde que se independizó de España hace 150 años", según les dijeron. A su regreso a Madrid y precisamente el día en que llegaba el presidente Lanusse, Robles Piquer escribió en el diario *Ya*: "Después del ingreso venezolano en el Pacto Andino, las personas a quienes interesa América latina deberán seguir con atención las conversaciones con la Argentina". En las entrevistas mantenidas por el presidente Lanusse con su colega venezolano Rafael Caldera, días antes de volar a Madrid, no estuvo ausente el nombre y propósitos políticos de España. Tanto que a su regreso a Caracas el presidente venezolano calificó el viaje de Lanusse como "hecho singular" y añadió que con este acercamiento España dejará de ser en Europa una nación relegada detrás de los Pirineos para "convertirse en parte integrante y vocero de una comunidad



os de Borbón: ¿España rejuvenece?

con una definida concepción de la política latinoamericana, que quería culminar con su etapa madrileña. Eligió uno de los momentos más solemnes de la misma —la cena de gala ofrecida en el palacio real de Oriente— para formular su pensamiento en materia internacional: aludió a los viajes realizados a todos los países del continente para "coordinar nuestra acción común, porque los países de América latina ya no podrán ser piezas para el juego de una deshumanizada política del poder mundial", y a que tienen una "común voluntad de romper con el aislamiento político y económico que existe entre ellos", pues comprenden que "sin una estrecha unión, todo desarrollo se torna iluso o amenazado de dependencia".

El presidente argentino recibe las llaves de la ciudad de Madrid.





En Toledo, Lanusse condecora la bandera de la Academia de Infantería.



de trescientos millones de personas que hablan la misma lengua y tienen una determinada aspiración común".

A los viajes del canciller López Bravo a todo el hemisferio y los de los ministros de Desarrollo y de Comercio a Venezuela, Colombia, Brasil y Chile, seguirá en la segunda mitad del año la gira del príncipe Juan Carlos de Borbón, una de las operaciones políticas que están siendo proyectadas con mayor reserva y minuciosidad. Se pretende mostrar, en la figura del príncipe —joven, deportista y prudente—, una imagen nueva de una nueva España. Es lo que se buscó, y se consiguió, en los largos viajes oficiales de Juan Carlos a los Estados Unidos, Alemania y Francia. Los contactos personales al más alto nivel son hoy, más que interesantes, imprescindibles. Franco no los ha llevado a cabo en sus tres décadas de gobierno por la guerra mundial y el aislamiento internacional al que lo sometieron las democracias vencedoras, y ahora, superados ya esos obstáculos, por su avanzada edad. Pero la España del desarrollo, el milagro turístico, la renta *per cápita* de 1.100 dólares anuales y los 5.500 millones de dólares de reservas, se considera en condiciones de aspirar a metas más ambiciosas. Quién sabe si la de incorporarse al Pacto Andino: la Argentina podría ser la Intercesora.

En el comunicado conjunto firmado en el Palacio de la Moncloa por Franco y Lanusse el martes por la tarde, momentos antes de cumplir la visita oficial, se alude en dos

ocasiones al propósito de "promover a la integración de la comunidad hispánica de naciones", dentro de los cauces de las relaciones bilaterales pero con la mira puesta en el "beneficio de todos los países hermanos".

Vista desde esta perspectiva global, la última gira del presidente Alejandro Agustín Lanusse adquiere dimensiones y despierta ecos continentales que van más allá de la fastuosidad de la recepción ofrecida a 700 aristócratas, políticos, intelectuales y artistas en el Palacio Argueso, la nueva sede de la embajada Argentina en Madrid, o de la vitalidad del presidente de la República jaleando con palmas y olés a las *bailaoras* de flamenco de Las Brujas, a las cuatro y media de la madrugada de una agotadora jornada. La anécdota se ha limitado a historiar esa noche y describir el cante jondo de Porrinas de Badajoz, en la fiesta ofrecida a Lanusse por el financiero Manuel Prado y Colón de Carvajal. Ha ignorado que en el curso de estos dos años Prado ha sido el correo personal y directísimo entre Lanusse y Franco y que por lo menos ha realizado tres viajes a Buenos Aires, portador de cartas manuscritas del caudillo español al gobernante argentino. Pero es que por debajo de la espuma multicolor del barroco protocolo, de los homenajes populares y la parada militar, en estos días se ha tejido una historia secreta, iniciada hace ya dos años por ese intercambio epistolar entre los dos jefes de Estado, que puede tener trascendentales consecuencias para el futuro. ■